



Literatura

En el recuerdo... Coplas

Por FELISA MARTÍNEZ

El valiente Don Alejo

Válgame Santa Ana Madre,
Santa Ana y Santa María,
un caballero en la corte,
Don Alejo se decía.

Le puse tres condiciones,
lo cual cumplir no podía.
La primera, venga solo,
solo y sin compañía.

La segunda, bien armado
para libertar su vida;
la tercera, a media noche,
mientras mis padres dormían.

No eran las doce dadas,
Don Alejo ya camina
orgullosa y prevenido
a visitar a su amiga.

En el medio del camino
vio una luz encendida;
tres veces la requirió,
tres veces la quería.

—O eres cosa de este mundo
o ánima de la otra vida.

—Ni soy cosa de este mundo
ni ánima de la otra vida.

—Soy un ángel del cielo;
te traigo esta noticia:
no te vayas por esta noche
en casa de la tu amiga.

Siete hermanos de la dama
te están esperando a la esquina.

—Sean siete sean ocho,
mi palabra sea cumplida.

Al pasar por el cantón
y al revolver la esquina
tantas eran las pedradas
que sufrirlas no podía.

—Deténganse, caballeros.
¡Viva Dios que es picardía!
Desenvainen sus espadas,
yo desenvaino la mía.

A la primera que dio,
seis en el suelo tendidos;
quedó el más pequeño,
que de él caso no hacía.

Cogió una piedra del suelo
y a Don Alejo derriba.
Con las ansias de la muerte
estas palabras decía:

—Benditas sean las madres
que crían hijas queridas;
por gozar de su hermosura,
siete perdimos las vidas.

Muera, muera Don Alejo,
muera, muera por su vida;
que no ha querido creer
lo que del cielo venía.

Sefanías, el tinajero.

POR JUAN PEDRO APARICIO

ESCRITOR

(Colaboración de la revista *Pico Gallo*)

LAS PASADAS NAVIDADES, mi paisano y querido compañero del Instituto Arqueológico de Elat (Israel), José María Merino, publicó en el diario *Proa* de León un breve pero sugestivo artículo titulado «Las otras visitas», en el que comentaba unos curiosos evangelios apócrifos hallados el 14 de marzo de 1957 en Masada, por el doctor Arthur Keller de la *Biblical Archaeologist*.

Un imperativo de amor a la verdad me lleva, muy a pesar mío, a discrepar de compañero tan autorizado. José María Merino comete varios errores de forma y, lo que es más grave, alguno muy serio de fondo.

Ya en el capítulo de agradecimientos, al citar a su colaborador ocasional en la titánica tarea de lectura e interpretación de textos (sic), primerísima autoridad en materia de arqueología bíblica, el R.P. Don Venerando Zuazúa, confunde su segundo apellido y escribe Puerta en vez de Porta, lo que estoy obligado a rectificar a instancias del propio interesado, discípulo fervoroso del Padre Masdeu y muy orgulloso siempre de su ascendencia catalana.

Digamos, no obstante, que los descuidos, las impurezas, las erratas, aunque abundantes, son leves y no nos moverían por sí solas a la dolorosa tesitura de la impugnación.

Porque he de hacer constar que yo nunca he dudado, ni deseo que el lector dude, de la buena fe de José María Merino. Creo que su celo excesivo y, por tanto, extraviado, su afán desmedido y, por tanto, apasionado, le han llevado a este resultado inesperado, inapetecido, totalmente anfibológico. Y es que, amigo lector, iluminaciones hay en el camino difícil de la hermenéutica que, de tan deslumbrantes, provocan ceguera.

Dicho esto, no queda sino paliar en lo posible ese doble sentido al que nos hemos referido. Para ello añadiremos pasajes del original, consultaremos nuevos y autorizados tratadistas y daremos, donde el texto lo requiera, nuestra interpretación, según los esquemas de la escuela arqueológica alemana, a nuestro juicio, la más ecuánime y ponderada.

José María Merino nos revela en seguida sus intenciones al destacar la superior calidad de lo que él llama adoración «llana» sobre la adoración «noble», de la que excluye a los Magos, quienes por razones no demasiado obvias son considerados grupo aparte. Hasta aquí podríamos estar de acuerdo nosotros también.

Sin embargo, glosa Merino los textos de Masada de tal modo que se diría que la adoración «noble» fuese asunto de gentes estúpidas o mentecatas. Y no es eso.

Dice José María Merino: «Soslayo (el subrayado es mío) la reproducción de la larga y floridísima parte introductoria del documento apócrifo, para ceñirme más concretamente al tema...»

Empezáramos por ahí. Si en vez de soslayar se hubiera limitado a reproducir los textos hallados en Masada otro gallo nos cantara.

El Evangelio apócrifo tiene un principio perfectamente clásico:

«...Aconteció que por aquellos días emanó un edicto de parte del César Augusto en que ordenaba que se inscribiesen en el censo los habitantes de todo el orbe. Y se ponían todos en viaje para inscribirse cada cual en su ciudad. Acudió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazareth, a la Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él del linaje y familia de David».

Esta especie de puesta en escena, que leemos también en el evangelio de Lucas, si pudo dejarse en el tintero; nunca lo que sigue:

«... Y por aquellos días y para cumplir el mandato del César llegaban a Belén todos los que de ella habían sido originarios. Y de este modo sucedía que hortelanos del alfoz, labradores y comerciantes, ganaderos y artesanos reuníanse en la plaza, bajo los palacetes del Tetrarca para dar vida a sus negocios...»



Juan P. Aparicio (Foto de Secundino Pérez)

«...Y así fue que llegosé José con María y, como necesitasen posada, se dirigieron al barrio de sus mayores. Pero era tan grande el gentío y mucho el frío y ningún techo había que no hubiera sido ocupado ya por la muchedumbre...»

«...Y aconteció que por aquel tiempo vivía un hombre muy principal en la ciudad de Belén, de nombre Sefanías, conocido por todos como «el tinajero». Era este hombre respetuoso y respetado, temeroso de Dios y buen comerciante. Celebraba entonces sus setenta años y con tal motivo y contemplando la desesperada situación de tantas y tan humildes gentes pensó que podía acaso él remediarlo en algo habilitando unos viejos y enormes almacenes de su propiedad que a la sazón hallábanse en desuso. Con tal propósito envió carretas con voceros y emisarios que pregonaban:

Acercaos, menesterosos.

Sefanías, el Tinajero,

os dará cobijo y fuego

«...Acercáronse José y María y, empujados por el apresuramiento de los humildes, subieron a una de esas carretas».

En este punto el texto sufre una obligada interrupción. El tiempo parece haber devorado para siempre unas líneas, por lo que, mientras no se encuentre un manuscrito paralelo, habrá que moverse entre especulaciones. Lo sorprendente es que, reanudando la lectura, nos encontremos a la Sagrada Familia otra vez a pie y otra vez a la intemperie. ¿Qué ha ocurrido pues? ¿Qué se nos narraba en el pasaje perdido? ¿Cómo José, el padre prudente por excelencia, renuncia al cobijo que ofrece Sefanías? ¿No pone así en peligro el nacimiento del Hijo y aún la vida de María? ¿O será precisamente el estado tan avanzado de ella lo que le obliga a abandonar la carreta, con su traqueteo ese que podría resultar fatal para la Madre y el Niño?

Veamos el texto:

«...Y he aquí que la noche había llegado y el nacimiento del Niño era próximo. Ateridos y cansados, llegaron José y María a la entrada de un oscuro y abandonado establo en el que unos arrieros se refugiaban del frío. Había allí una mula y un buey...»

Hay en este punto otra grave mordedura del tiempo. Pero este pasaje parece, a la par que más breve, menos dificultoso, y puede además salvarse con ayuda de otros evangelios.

Y sigue el texto:

«...Y corrió la noticia de que en los más humildes aldeaños, en un mísero portal, había tenido lugar el nacimiento de la más hermosa criatura de toda Judea. Y fue de esta manera que Sefanías, el Tinajero, se extrañó y enojándose dijo: ¿Cómo ha sido que este niño hermoso entre los hermosos, humilde entre los humildes, no ha nacido en mis almacenes? Y envió a sus legados para que recogiesen a la Familia y, en fracasando éstos, envió a su hija Ana».

Lo que sigue a continuación está reproducido íntegramente en el artículo titulado «Las otras visitas». Mas, para aclarar la memoria del lector y para evitarle mayores confusiones, creo necesario recordarlos aquí, junto con una última puntualización.

«...Y eran estas damas: Noemí, hija de Fanuel, el que durante tantos años había curado la gota del Tetrarca; Ana, hija de Sefanías, cuyos almacenes de grano se extendían consistentemente por el pecho de la Judea; y Raquel, hija de Salaciel, que poseía muchas fincas rústicas y urbanas, entre ellas el Santo Establo».

El que al pie de este párrafo el autor tantas veces citado no hiciese comentario alguno nos llenó de estupor. Este es el nudo gordiano de los textos de Masada y, sin desanudarlo o romperlo, no es posible comprender cuanto en ellos se contiene.

¿Qué dice la doctrina más autorizada? Veamos: I. Berzinger y Keller opinan que en Belén reinaba entonces un acendrado espíritu competitivo entre los comerciantes. H.V. Morton es más explícito. Sugiere que Ana, la hija de Sefanías, no pudo ir sola a visitar al Niño, sino que, enterada Raquel, la hija del propietario del local, se personó también ante la Sagrada Familia. Morton hace notar asimismo el distinto comportamiento de una y otra. Ana alaba una y otra vez a la Familia, Raquel dirige exclusivamente sus cumplidos al establo. Bien, ya están definidos sus objetivos: los de Ana, llevarse a la Familia a alguno de los almacenes de su padre; los de Raquel, que la Familia siga en el establo.

Esta interpretación, compartida con ligeras matizaciones por toda la doctrina alemana, nos aclara también el por qué José y María se mostraron ante estas insólitas visitas con una hosquedad desusada en ellos. I. Berzinger llega a escribir que si José no salió de nuevo en busca de alojamiento, no se debió tanto a la debilidad de la Madre como a que Salaciel, el dueño del portal, no había organizado su caridad de manera pareja a Sefanías.

Y como sin quererlo, hemos entrado de lleno en la laguna principal del texto evangélico. No, la adoración que Merino llama noble, la adoración de Salaciel, de Sefanías y de Fanuel, llevada a cabo por sus hijas, Raquel, Ana y Noemí, no era incongruente sino egoísta; no era aturdida sino interesada. Y tiene el lector todo el derecho a pensar que si el prudente José arriesgó un Divino Parto a la intemperie fue para evitarle a la Cristiandad el oprobio de un Mesías patrocinado por una marca comercial, la de Sefanías, «el Tinajero».

Creo que con lo escrito basta para prestar un servicio a la verdad en un tema que, por su interés, merece la máxima rectitud de intención. Considero, no obstante, obligado, y así se lo aconsejo al lector, el repaso del artículo «Las otras visitas», al que continuamente nos hemos referido.

Jerusalem,
Navidad de 1964.



Dibujo de Bernardino del Pozo para «Pico Gallo»